

### **EL OTRO HAYEK**

Este año se celebra el centenario del nacimiento Friedrich August von Hayek. Su vida y obra ha sido conmemorada en la Universidad de Santander este verano. Y mi buen amigo Pedro Schwartz publicó en este mismo periódico, hace poco, un artículo en su honor. Se me adelantó, por así decirlo. Ello no impide, más bien al contrario, que yo ahora perpetre el mío y ello por dos razones. En primer lugar, fui alumno (y en alguna medida, discípulo, de Hayek) y, en segundo, mi visión de su obra difiere algo de las hoy prevalecientes. No entraré en mis propias vicisitudes académicas ni en algún entretenido suceso que podría contar. Baste decir que no sólo asistí, en la Universidad de Chicago, a sus clases abiertas, sino que tuve la gran fortuna de estudiar con él, en su propio despacho, una buhardilla angosta y con el techo inclinado, de la Escuela de Ciencias Sociales, durante los años en que compuso su obra magna, *La constitución de la libertad*.

Los economistas estrictamente liberales de hoy suelen declararse discípulos de Friedrich von Hayek. No es para menos: reivindicador casi solitario del libre comercio en los decenios de mayor influjo y poder de las posiciones socialdemócratas y de las políticas keynesianas en los países más prósperos, Hayek fue el verdadero padre del monetarismo contemporáneo. Murió en 1992, con 92 años, y tuvo tiempo de ver (a través de gobiernos como los de Reagan en Estados Unidos y Thatcher en Inglaterra) cómo su pensamiento se plasmaba en una política económica específica. La Academia escandinava (que no siempre la acierta) dio en el clavo y le otorgó el Premio Nobel.

Hay dos versiones predominantes de Hayek. Ambas merecen corregirse. La primera lo demoniza. Hayek sería un capitalista feroz, incapaz de atender a los inmensos costes y daños sociales que puede causar una política liberal extrema y tan obsesionado por lo certero de sus opiniones libertarias de derechas que sería capaz de aliarse con el mismísimo Pinochet (cuyos colaboradores impusieron el orden económico por las armas) para lograr que triunfaran. Esta noción es falsa e insultante para su memoria. Hayek poseía una profunda y total aversión a toda dictadura, empezando por la del General Franco, que es la que sufría este país cuando me enseñó a mí. (Se alegró de que el régimen empezara a desmontar su economía autárquica fascistoide, pero nada más: sin partidos ni competencia política, paralela a la económica, ningún régimen le parecía legítimo).

Sospecho que la irritación de la izquierda con Hayek proviene, en realidad, de otra fuente, de sus ataques al socialismo, hartos conocidos desde la aparición de su popular libro *Camino de servidumbre*. Este contiene pasajes lúcidos sobre los peligros del burocratismo y de la planificación centralizada, pero a mi entender confunde el socialismo democrático con el stalinismo. (Hayek mismo había pertenecido de joven a una rama reformista o fabiana del socialismo, en Viena, hasta que se topó con Ludwig von Mises). O para ser más preciso, Hayek cree que hay un peligro real de que el primero lleve al segundo. La cosa es más que discutible. Es, a mi juicio, falaz.

La versión opuesta, característica de sus discípulos más fieles, entraña su canonización. Hayek sería el héroe solitario que desde la London School of Economics, ya en los años 30 atacó con ahínco los primeros escritos (y luego la *Teoría General*) de John Maynard Keynes y a quien la historia, andando el tiempo, daría la razón. (Hayek y Keynes no mancillaron su amistad con rencillas, dicho sea de paso: sus disputas fueron

académicas). Hayek para ellos es el campeón de la libertad y de ese *laissez faire* que nos ha de proporcionar a todos libertad y prosperidad. Es una pena, pero lo que sucede en el mundo no da la razón a Hayek. Pero no disminuye su talla.

Hay una idea central en Hayek en la que creen sus discípulos de estricta obediencia, y entre ellos los miembros de la Sociedad de Mont Pèlerin (fundada por él mismo en 1947) de la que es menester discrepar: la creencia en la bondad del orden social espontáneo de las sociedades humanas y su consiguiente hostilidad a todo diseño pretendidamente racional del orden social. Esta fe tiene un corolario: la confianza en que la supervivencia de los más adecuados (no sólo de los más fuertes) conduce a la mejor sociedad posible, que es la más libre. (Hayek fue ciertamente un neodarwinista, aunque no se le pueda asimilar a los darwinistas sociales del siglo XIX). Los hechos conocidos no prueban la bondad de tales ideas. Ciertamente es que una planificación rígida, esquemática, tiránica, es un peligro para la humanidad. Pero es imposible demostrar que una política de redistribución cauta pero firme de riqueza, conocimientos y oportunidades para toda la ciudadanía –una política socialdemócrata, que por serlo sea respetuosa a la vez con la igualdad y la libertad- no dé mejores resultados para la ciudadanía.

Que Hayek estaba consciente de la potencia de esta objeción lo demuestra el hecho que él mismo atacara con gran coraje nada menos que el concepto clave de justicia social, que le parecía un pretexto para escudar políticas de arrogante socialismo. Pero jamás pudo responder satisfactoriamente a quienes no comulgamos con esa parte de sus ideas. Nunca explicó cómo debíamos poner coto a los daños del capitalismo y a las fuentes estrictamente capitalistas del dolor. Y de la injusticia. No de la social, sino de la mera y común injusticia producida por el orden capitalista, cuando tal sea el caso.

A Hayek le faltaba la visión melancólica del capitalismo que engrandece la obra de un Joseph Schumpeter –que ciertamente no era amigo del socialismo- pero le sobra, para enseñanza y solaz de quienes tanto aprendemos de él, una lucidez en la argumentación y una fe en la discusión rigurosa de la economía que a veces se echa a faltar. Para Hayek, como para los grandes economistas clásicos, la economía política era una disciplina que ventilaba esencialmente cuestiones de ética y de libertad, y no sólo de consumo, crecimiento y nivel de vida. Con tal concepción es imposible discrepar.